

PROPUESTA PARA UN ARTE AL SERVICIO DEL PUEBLO

Por Ida Rodríguez

El anteproyecto y la ley para la formación de un Consejo Nacional para el Fomento de las Artes¹ elaborado en la Secretaría de Educación Pública, responde a la convicción de que las diversas instituciones culturales no satisfacen ya el desarrollo económico y social del país.

Existe la conciencia de que:

La promoción y difusión de las artes en las diversas manifestaciones así como el incremento de los medios masivos de comunicación, abren perspectivas cada vez más amplias a la creatividad y extensión de la cultura estética.

En este anteproyecto sin embargo, está patente el temor, real por otra parte, de que los esfuerzos que se hagan para encauzar las expresiones estéticas hacia lo social, lo popular, etcétera, "recibirán la recusación de los grupos independientes". (Algo que ha sucedido.) Partiendo pues de la idea de la libertad creadora y de la independencia del arte, se han elaborado las atribuciones del Consejo, contemporizando con los grupos que conciben las artes como un proceso de creación individual, desvinculado más o menos de la realidad y de los intereses de las mayorías populares, política que contraría los esfuerzos que el actual régimen ha venido realizando en otras esferas.

Estas medidas no surgen tanto, a mi juicio, de la intención de olvidar a las mayorías del país y propiciar un arte elitesco, sino a un desconocimiento del proceso artístico en su totalidad y a una comprensión del arte actual que es el producto del sistema de las metrópolis y la ideología por ellas sustentada desde el siglo XIX.

La idea central de la estética que hemos heredado es la de la cultura de los países dominantes que ha basado la obra de arte y la tarea del artista en una autonomía total. La desvinculación del artista de los intereses sociales, políticos y morales, fundamento de la teoría del arte por el arte del siglo pasado, contra lo que se piensa, tuvo su nacimiento en un acto de rebeldía de los intelectuales que se negaron a servir a los intereses de las clases ascendentes al dominio. Pero lo que a mediados

¹ *Excelsior*, 9 de septiembre de 1975.

del siglo XIX fue una postura revolucionaria hoy día se ha convertido en un soporte de la ideología que en otro tiempo combatieron los artistas. Éstos sucumbieron a los postulados de la libre empresa de los cuales surgieron las estructuras comerciales que sostienen el mundo del arte en el mercado: museos, galerías, colecciones, críticos de arte, revistas especializadas, etcétera, y entregaron los productos artísticos a la sociedad consumidora sirviendo como sostenes y reproductores del aparato ideológico de la sociedad burguesa.

La obra de arte, desde la sociedad del siglo XIX hasta nuestros días, que no en otras épocas, es el resultado de estos presupuestos: el genio creador que produce una obra de carácter excepcional y única, contrapuesta, por un lado, a la pasividad del público minoritario que la consume, y por el otro a la incompreensión por parte de las mayorías.

Esta concepción de un arte fetichizado y mercantilizado, producto de la estética liberal e individualista gestada en los países europeos y en los Estados Unidos, ha sido absorbida por nuestros países dependientes. En éstos, por ser las contradicciones del sistema aún más agudas, las relaciones de producción y consumo del arte alcanzan sólo a una pequeña minoría, la de los privilegiados, y dejan fuera del marco de la llamada cultura artística a las grandes mayorías.

Creo, por lo tanto, que la labor del Estado no debe consistir en auspiciar, aún más, al arte por el arte y a los artistas que por desconocer o no estar interesados en la realidad nacional, sigan produciendo objetos para un mercado de élites, sino en promover la creatividad de las mayorías y hacerlas intervenir en un proceso formativo y creador enfocado al cambio social.

Es indiscutible que para los artistas que hacen y piden una creación de tipo individualista en la que destacar e inflar el *ego*, en una sociedad como la nuestra existen canales establecidos que dan salida a estos restringidos ideales. Hay revistas especializadas de varios tipos e instituciones que dan curso a todo tipo de problemas, investigaciones y creaciones que sólo interesan a la élite de intelectuales. Ejemplo sería la revista *Plural*. Esta publicación está dedicada a tareas tan "exquisitas" como la traducción de un mismo soneto de Nerval por varios connotados "genios" que lucen su talento en malabarismos de lenguaje. Por otro lado atacan sistemáticamente todo avance encaminado a un cambio en las estructuras sociales. No es casual la indignación de varios números dedicados a criticar la política cultural y editorial del régimen peruano o cubano, o lo que es peor, a los libros de texto gratuitos en México.

La mayor prueba de que su mensaje incumbe a muy pocos, o sea a la élite de escogidos que ellos mismos integran, son las quejas que de cuando en cuando aparecen en la revista acerca de la ausencia de respuestas por parte del público a sus comentarios y juicios. No cabe duda que se sienten y saben hablando solos, pero no están dispuestos a sacrificar, por el bien de un público más amplio, el *status* que se han adjudicado de ser los poseedores y árbitros de la cultura nacional.

Por otra parte existen museos, galerías, institutos privados o públicos destinados a promover y descubrir jóvenes talentosos. Aunque en realidad aquéllos serán siempre insuficientes para promover todas las personalidades geniales o aspirantes a serlo.

Lo que habría que pensar e inventar son nuevas formas de acercamiento de los artistas al público hasta convertirlos en vasos comunicantes. No se trata únicamente de crear un arte para la contemplación y la recreación de las masas, sino de activar la participación de éstas no en el consumo pasivo sino en la producción y percepción activas y en el trabajo creador.

Ni la experimentación formal individualista, aun aquella de intenciones revolucionarias y nacionalistas, ni la posibilidad de una mayor divulgación de las obras producidas por la minoría, que traería una extensión del público receptor, lograrían una finalidad satisfactoria, ya que no serían auspiciadoras de un cambio social que es lo que el Estado debe buscar. El cambio en el arte sólo podrá lograrse cuando el control de su producción, su distribución y su consumo recaiga en las mayorías. No se trata, por lo tanto, de propiciar el arte individualista, ni que el Estado se convierta en protector de los artistas. Tampoco se trata de fomentar el arte para el pueblo, sino de hacer de la vida de la gente un acto cotidiano de liberación, conocimiento de la realidad y formación de una cultura que exija el cambio hacia la justicia, la igualdad y la alegría desenajenada.

Las críticas que se han hecho al proyecto para la creación del Consejo Nacional para el Fomento de las Artes son superficiales modificaciones tendientes a consolidar los derechos y prebendas de que gozan ya, en nuestro medio, los grupos que dirigen la "cultura". Plantean como único objeto del "Fondo de las Artes" subsidiar las actividades artísticas que a su juicio, lo merezcan. Entre ellas señalan:

La creación de obras en cualquier forma de objetivación perdurable: literarias, musicales, plásticas, de teatro, danza, cine, arquitectura y en general todas las que protege el derecho de autor, incluyendo tra-

ducciones, versiones, arreglos, con excepción de las obras científicas, técnicas, jurídicas, etcétera.²

Proponen subsidios, becas, ediciones, etcétera, y desde luego defienden, por encima de los derechos a la cultura de la mayoría de los habitantes del país, la sacrosanta libertad creadora de las minorías. Grupos y mafias que desde sus castillos almenados por el prestigio, la fama, el control de los medios publicitarios, ignoran y desconocen la cultura del pueblo y de las grandes masas y no se preocupan por impedir la manipulación que de ellas hace la industria de los medios masivos de comunicación.

A las objeciones de burocratización del arte que se han hecho al anteproyecto oficial, los "depositarios y árbitros" de la cultura mexicana han opuesto críticas y proyectos basados también en una organización burocrática, sólo que planeada para asegurar la perpetuidad y conservar las prebendas culturales de que gozan ya los artistas.

Es evidente que para sostener el sistema individualista que requiere una producción y un consumo del arte estructurado según las atribuciones de la propiedad privada, el valor más alto con el que se juzga la obra de arte es el de *originalidad* (concepto que en arte funciona de la misma manera que la moda en el vestido). Es evidente que partiendo de esta escala de valor los artistas necesitan emplear su esfuerzo en la creación de un lenguaje cada vez más sofisticado, purista y mafioso.

Es la publicidad, dispersa por todos los medios masivos de comunicación, la única que aprovecha para sus fines mercantiles los laboratorios de arte en que se gesta el trabajo de los artistas individualistas y utiliza los "encuentros" (*trouvaille*) en su provecho para ejercer, de manera más efectiva, la manipulación alienadora del público.

A manera de esbozo general quisiera describir cómo me imagino que el Estado podría de una manera más efectiva promover las artes en México.

Una de las posibilidades que tiene el gobierno de transformar la actual situación del arte sectario en nuestro país sería la creación de un Instituto Autónomo y desvinculado de todos los organismos que hoy tienen en sus manos la cultura de México.

Este Instituto de Cultura, planeado para las mayorías, tendría que tener un departamento para las artes entendidas como fuerza de trabajo

² "El centralismo ahoga nuestra vida cultural". *Plural*, en *Excelsior*, 21 de septiembre de 1975.

social encaminado al desarrollo más pleno de los hombres, y no, desde luego, como una fábrica de "artistas geniales".

Los artistas, escritores y artesanos que estén convencidos de la necesidad de romper con la sociedad elitista serían los llamados a insertarse en los programas de cultura popular y en la supervisión de los medios masivos de comunicación, pero lo harían como promotores de cambio y educadores de la sensibilidad y la creatividad, en función de la formación total de los ciudadanos.

Este organismo central trabajaría por medio de casas de cultura. Éstas deberían ser centros de aprendizaje, esparcimiento, reunión y desarrollo del sentido crítico y creativo de las comunidades. Deberían distribuirse en centros habitacionales, colonias y barrios del Distrito Federal, en las capitales y ciudades de provincia y en los ambientes rurales.

Cada centro de reunión tendría una biblioteca, una hemeroteca y diversos talleres de redacción, de teatro y cine (con pequeña sala de representación y proyección) de cerámica, de tapicería, de grabado, de pintura, de música, etcétera, con el fin de que el tiempo de ocio de los trabajadores y campesinos fuera creativo, desenajenante y no evasivo y frustrante.

Sin pretender hacer un programa exhaustivo me remitiré a dar algunos posibles ejemplos de cómo podrían planearse las actividades.

Uno de los talleres más importantes sería el de teatro. En éste se da automáticamente, por la complejidad que requiere la representación escénica, la conexión con el resto de las actividades artísticas.

Desde el momento en que los artistas dirigentes encargados de este taller comiencen a tener un contacto directo con el público inventarán, si es que son verdaderos creadores, formas de interacción entre el público y los actores.

La ilusión escénica puede desarrollarse de varias maneras, no sólo con la forma tradicional de exhibir obras ante un público más amplio de espectadores marginados, sino de manera novedosa por medio de un trabajo del público, activo y comprometido. Por ejemplo: las obras teatrales deben, en lo posible, desarrollar una problemática que interese a la comunidad, escenificando realidades concretas que conciernan a la mayoría y en la medida de lo posible, fomentar la actuación, la producción y la crítica en el público.

El taller de redacción podría supervisar la creación de la obra escrita una vez recogido el material que interese a la comunidad. La obra será

escenificada por los aspirantes que deseen hacerlo, con lo que se fomentaría la expresividad personal y se rompería con la pasividad del público.

El vestuario, la escenografía, la tramoya y utilería, los anuncios y carteles deberán hacerse en cada uno del resto de los talleres especializados con los que se establecería una red de intereses comunes.

No cabe duda que el cine y la televisión son las artes masivas de nuestra época, pero están en poder de industriales y comerciantes que sólo buscan el lucro. Por otro lado, existen ya en México una serie de locales o cine-clubes que a precios más altos exhiben cine-arte, muchas veces de dudoso valor.

No sólo en las casas de la cultura, sino en las universidades y escuelas, habría que ensayar planes inéditos tanto de cine político, como documental o de ficción, pero con un sentido experimental y de contenido social.

La difusión masiva e intercambio de estos trabajos habría que canalizarla por vías que no fueran las comerciales sino, por ejemplo, a través de más canales de Estado; programas al aire libre en barrios o pueblos y, desde luego, en las mismas casas de cultura en las que deberían organizarse secciones de educación por medio del debate.

Los talleres de redacción, comprensión y discusión de lecturas deberían dedicarse también a la publicación de ediciones baratas y accesibles y trabajar, en conjunto, con los talleres de impresión que estarían unidos, a su vez, a los de diseño, pintura, grabado, etcétera.

Todos los talleres deben enfocar su trabajo hacia la investigación, comprensión y crítica de la realidad en que se vive e ir dirigidos a la autopreservación de la propia cultura (entendida en un amplio sentido) y los valores regionales.

Tanto los trabajos en equipo, como los personales de artistas y público deben tender a propiciar no sólo la experimentación formal de la escritura, sino la adaptación de ésta a una mayor comunicación, percepción y crítica de la realidad.

Los talleres de artes plásticas, además de trabajar de manera integrada con los otros talleres, deben de fomentar, aparte de la creatividad de los miembros de la comunidad, una nueva y distinta relación del hombre con los objetos tanto materiales en el estricto sentido (muebles, enseres, etcétera) como espirituales (ambientes, cuadros, adornos, esculturas, etcétera) que desborden el arte tradicional, consagrado por las escuelas de arte o las academias, al mismo tiempo que vayan creando una sensi-

bilidad que contrarreste la imposición del gusto prefabricado y comercializado que le ofrece el comercio en su aspecto más trivial.

La creación de talleres de artes aplicados o relacionados con la artesanía no debe tender exclusivamente a la ampliación de un mercado, sino a la creación de objetos para el uso de la comunidad que los produzca.

En el caso de pueblos con tradición artesanal es importante iniciar cualquier contacto a partir de un respeto absoluto encaminando la renovación del producto, la mejoría técnica, el diseño, etcétera, hacia una evolución de la misma tradición. La distribución y el consumo deben permanecer, al máximo posible, bajo el control de la comunidad para evitar la intervención de los intermediarios que, generalmente, son los que obtienen la ganancia y desvirtúan, con pedidos de fácil venta al turismo, la tradición de la rica artesanía nacional.

Partiendo de los lineamientos generales esbozados antes o de otros similares es seguro que serían múltiples y variados los talleres que podrían desarrollarse en cada región (talleres de aprendizaje musical con orquestas, coros, poesía coral, de creación e interpretación; estudios e investigación del folklore regional; de carpintería, ebanistería, diseño, vitral, tejido, tapicería, encuadernación, etcétera).

Existe una necesidad inaplazable en el país de utilizar los medios masivos de comunicación de manera novedosa y desalienante.

Una de las tareas importantes de este organismo de la cultura debería ser el control y supervisión de los medios masivos de comunicación.

Es necesario prever y evitar los peligros en que se encuentran los países opulentos cuyo complejo engranaje depende, en gran medida, de la sociedad de consumo y desperdicio que han creado. Abstenerse de seguir los pasos que han conducido a las sociedades enajenadas por la técnica y la publicidad mercantilista que hoy son ya un peligro para la clase media mexicana.

Hay que aprovechar los medios pero no los fines que nos brindan la técnica y la industria (cine, televisión, historietas, fotonovelas, radio, anuncios gráficos en las calles, publicidad comercial, etcétera). En gran parte son los intelectuales y artistas los llamados a hacer la investigación y crítica de estos medios masivos, y los que podrían hacer campañas de renovación basadas en estudios profundos sobre sus alcances, prejuicios y acondicionamiento de masas. Por ejemplo: investigación de las historietas, revistas (de escándalo, de casos policíacos y de alarma o revistas para mujeres) crítica seria y estudiada de los programas comer-

ciales y de la televisión que conforman, más que otra cosa, la ideología de las masas.

Es un hecho que las universidades constituyen especies de *ghettos* dentro de la planeación educativa del país. Es necesario construir un puente entre la Universidad y el Instituto de la Cultura sin crear necesariamente una dependencia de una a otra, sino con el fin de unir a las dos en la tarea educadora proyectada a nivel nacional.

Por ejemplo: podrían aprovecharse muchas de las investigaciones que se hacen en el campo universitario y darlas a conocer en un amplio sector por medio de exposiciones en las diversas casas de la cultura, tanto de la capital como de provincia. Con esto, además de volverse prácticos los estudios puramente teóricos, se obligaría a los universitarios a ocuparse de tareas más concretas, fructíferas y reales que las que ahora se llevan a cabo.

La propaganda comercial, en el mundo entero, es una de las ramas de la cultura que ha dado muestras de mayor inventiva y genio.

El Estado, por medio del Instituto de la Cultura podría presionar a los industriales y comerciantes a elaborar una propaganda educativa. Campañas con temática formativa en campos generales como higiene, salud, instrucción en todas las ramas, concebidas para el interés y alcance de diversos grupos sociales.

Un proyecto como el esbozado aquí, rompería con el concepto de arte y artista del pasado, con la idea reaccionaria de cultura elitista y volvería al artista y al intelectual trabajadores, útiles al servicio de la sociedad. En pocos países el artista individualista goza del consentimiento del Estado como en México, donde se le permite pagar sus impuestos con obras de arte.

Si el artista tiene una serie de privilegios, canonjías y estima en los valores de la sociedad capitalista, sería necesario pedirle su participación activa en el proceso nacional de la cultura. Y debe entenderse la cultura nacional no como el prestigio que le den personalidades artísticas sino la sensibilidad toda de su pueblo. Mientras el Estado no acepte que todo el proceso artístico del país está dirigido, en la actualidad, a conservar la pasividad del público, la exaltación del artista "genial" individualista y el enriquecimiento de los distribuidores, estará olvidando su verdadero cometido, el desarrollo pleno de todos y cada uno de los habitantes del país.

En uno de los pocos trabajos que se han hecho con una dirección nueva sobre lo que debe ser el arte latinoamericano, su autor, Néstor

García Canclini³ expone lo que podría ser un arte no dependiente en los países del Tercer Mundo y nos dice:

Por eso un arte de liberación no se consigue a través de la experimentación formal aislada, ni inyectándole contenidos ideológicos revolucionarios, ni divulgándolo entre un número mayor de espectadores, ni sustituyendo los temas extranjeros por los nacionales. Lo decisivo será que nuestros pueblos asuman el control de la producción, la distribución y el consumo del arte; por supuesto lo haremos en función de nuestros intereses. Y estimulando aquellas manifestaciones que no sólo gusten a la mayoría, sino que contribuyan a afirmar nuestra identidad e imaginar creadoramente nuestro futuro. El arte de liberación no se caracteriza sólo por representar la realidad del pueblo —también lo hacen las versiones populistas del arte dominante, y eso revela que no es suficiente garantía revolucionaria— sino por representarla críticamente produciendo en/a través/más allá de la representación el lenguaje capaz de participar en las transformaciones impulsadas por el pueblo en la producción de una sociedad respecto de la cual lo fundamental no puede ser representarla porque aún desconocemos cómo será. El arte verdaderamente revolucionario es el que, por estar al servicio de las luchas populares, trasciende el realismo, el que, más que reproducir la realidad le interesa imaginar los actos que la superen.

Creo que es indispensable la reconsideración del anteproyecto del Consejo de las Artes desde estos lineamientos y partiendo de la única consideración básica: que el arte y la cultura no son patrimonio de unos cuantos, sino de todos. Éste es el planeamiento de muchos críticos y artistas del siglo XIX quienes, como William Morris, se preguntaban: “¿Por qué habríamos de ocuparnos del arte a menos que todos puedan participar de él?”

³ Néstor García Canclini. *Teoría y práctica de la socialización del arte latinoamericano* (inédito). El primer capítulo está publicado en la revista *Casa de las Américas*, núm. 89, año XV, abril-mayo 1975, p. 111.